

## ESA INCÓMODA PRESENCIA (II)

La izquierda y la “clase media” en Argentina, 1943–1969  
(y un *excursus* sobre el presente)

Ezequiel Adamovsky (UBA/CONICET)

En un artículo anterior me ocupé de analizar las percepciones de la izquierda argentina respecto de los sectores medios desde sus inicios hasta las vísperas del peronismo<sup>1</sup>. Sostuve allí que la totalidad de las tradiciones estudiadas —socialistas, comunistas y los primeros trotskistas— coincidían en una mirada ambivalente y en una cierta dificultad para «situar» políticamente a esos sectores. Todas partían de una doctrina que imaginaba lo social de acuerdo a un antagonismo fundamental que era binario: burgueses vs. proletarios. La práctica, sin embargo, fue exigiendo a todas ellas convocar a la acción a los sectores medios, lo que colisionaba con el fuerte obrerismo de origen. No obstante, esta tensión no condujo a revisiones doctrinarias profundas (salvo en el caso de algunos altos dirigentes del Partido Socialista (PS)). Por otra parte, identificamos en esta época un intenso uso del mote «pequeñooburgués» para atacar a adversarios internos o externos; el sentido peyorativo y acusatorio de esta expresión no favorecía un sinceramiento doctrinario, toda vez que su utilización «disciplinaria» impedía discutir un hecho por demás evidente pero rara vez tematizado: que las dirigencias y buena parte de la militancia de todos los grupos estaba lejos de ser proletaria. En el presente trabajo me ocuparé de analizar la evolución de la misma problemática en los años posteriores a 1943. Como veremos, la ambivalencia y las dudas respecto de la clase media, que habían permanecido como un tema irresuelto, se acentuaron tras la irrupción del peronismo y, más tarde, por influencia de la Revolución cubana. Junto con ello, se hicieron evidentes algunas facetas nuevas que enriquecieron y complejizaron los debates.

## a) Los socialistas

Para el PS, la irrupción del peronismo resultó una verdadera catástrofe.

Como muchos entonces, la dirigencia partidaria caracterizó a Juan Domingo Perón como un líder «nazifascista», cuyo objetivo era instalar una «dictadura totalitaria» y cuyas medidas a favor de los trabajadores sólo tenían intenciones demagógicas.<sup>2</sup> En sintonía con sus prioridades estratégicas previas, el PS puso en segundo plano la cuestión del bienestar de los trabajadores, para erigirse en guardián de la cultura, el civismo y la libertad amenazadas, y no tuvo reparos en integrar una alianza con las demás fuerzas políticas —incluidos los conservadores— para detener el ascenso de Perón. El resultado fue una debacle sin precedentes: por una parte, muchos de sus votantes obreros y de sus dirigentes sindicales se pasaron al peronismo, dejando al partido virtualmente sin base trabajadora. Por la otra, como efecto de la polarización política que trajo aparejada el nuevo movimiento, la Unión Cívica radical (UCR) tendió a concentrar el voto antiperonista, quitando otro contingente de votantes tradicionales del PS. Con la victoria de Perón en los comicios de 1946 el partido perdió su representación en el Congreso y a partir de las elecciones siguientes obtuvo un porcentaje de votos cercano a lo irrelevante.<sup>3</sup>

El carácter marcadamente plebeyo del fenómeno peronista puso todavía más en evidencia la identificación del PS con la cultura letrada de la élite, su apego al liberalismo y su lejanía respecto de las masas. Haciéndose cargo de la dicotomía, Américo Ghioldi dictó en 1945 sus célebres conferencias luego publicadas bajo el título **Alpargatas y libros en la historia argentina**. Allí describía al peronismo como una reedición de la alternativa «civilización o barbarie»: una «fuerza primitiva» procedente de «los bajos» de la sociedad que todavía no habían sido alcanzados por la obra de la cultura y la civilización, traída a la superficie por un caudillo irresponsable que alentó el «resentimiento» de las masas ignorantes.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Ezequiel Adamovsky, «Esa incómoda presencia: la izquierda y la «clase media» en Argentina, c. 1891-1943», *Políticas de la Memoria*, n° 8/9, Primavera 2008, pp. 239-247.

<sup>2</sup> Ver la Declaración del 22/10/1945, en Partido Socialista: **XXXV Congreso Nacional: Informes y proposiciones**, s./l., PS, 1946, p. 66.

<sup>3</sup> Ver Marcela García Sebastiani, **Los antiperonistas en la Argentina peronista: radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951**, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 90, 167-69.

y propagandística a la práctica política: en 1955 fundaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)-Praxis, una organización celular que hacia fines de la década contaba con un centenar de militantes y que sería vehículo de una importante renovación política y cultural de la izquierda argentina y latinoamericana. En los primeros años de la década siguiente, sin embargo, un cambio brusco en la línea estratégica de Frondizi crearía tensiones internas que acabarían con la experiencia del MIR-Praxis. Luego de 1959, la influencia de la Revolución cubana y del contacto personal con los masivos partidos de izquierda europeos llevaron a Frondizi a poner su propio obrerismo en cuestión. En 1961 anuncia un importante viraje estratégico a través de un escrito en el que el imperativo de la revolución socialista internacional queda desplazado por una más vaga apelación a una «solución popular», una salida argentina y «auténticamente nacional» hacia el socialismo, motorizada ahora por un «movimiento y un gobierno populares» (antes que por un partido revolucionario), apoyado en «sociedades vecinales» y otras formas de «democracia directa». Las referencias a los clásicos del marxismo desaparecen, reemplazadas por forzadas alusiones a tradiciones políticas nacionales. Frondizi sigue otorgando a la «clase obrera» una «función primordial y rectora», aunque ahora amplía sus miras: «Ello no excluye —todo lo contrario— la necesidad de que participen en la lucha por el progreso nacional la clase media productiva y empobrecida de la ciudad y del campo, los técnicos, profesionales e intelectuales esclarecidos, víctimas todos de la irracionalidad y crisis del capitalismo».<sup>22</sup> En los años inmediatamente posteriores Frondizi profundizaría este viraje nacional-populista.<sup>23</sup> En lo que respecta al tema que aquí nos ocupa, el cambio de estrategia conduce a una mayor visualización de la clase media como tal. En 1964 aparece un folleto escrito por un militante del grupo de Frondizi, titulado «El problema político de la clase media argentina». El folleto anuncia el surgimiento, en los últimos tiempos, de un verdadero «movimiento» de carácter «nacional, popular y revolucionario» en el que la «clase media» es una de las «dos fuerzas claves», junto con el proletariado. Aunque recientemente desempeñara un «desafortunado papel» en la caída de Perón, no debe olvidarse por ello que tuvo momentos anteriores de «esplendor político y de coraje» en las revoluciones cívicas y radicales de fines del siglo XIX y principios del XX. Por ello es necesario dotar a este sector de una «política revolucionaria plausible», cuya carencia ha sido un obstáculo en el pasado. Tal política auspicia la lucha por formas de «democracia directa» y medidas de «planificación» y desarrollo económicos que, contribuyendo a la distribución del ingreso y de la propiedad, aparten a la clase media (incluyendo «pequeños y medianos industriales») de la órbita de la oligarquía y del imperialismo, con los que muchas veces tienden a asociarse.<sup>24</sup> Ninguno

de los estereotipos negativos sobre la clase media se hace presente, ni tampoco la exigencia de que deba primero «proletarizarse» antes de estar en condiciones de aliarse a la clase obrera.

El brusco cambio estratégico de Frondizi no podía dejar de generar oposición en las filas de MIR-Praxis (por no mencionar las críticas por «pequeñoburgueses» que recibieron de sectores comunistas y trotskistas). A partir de 1961 el grupo sufre una diáspora que lo hace desaparecer rápidamente. La mayoría de los que se apartan lo hacen en busca de una postura más tradicionalmente izquierdista. Militantes de Capital protestaron en 1961 por la política de acercamiento a la pequeña burguesía urbana y rural, que consideraron una postura «pequeñoburguesa» y exigieron «una política independiente de la clase obrera».<sup>25</sup> El llamado «Grupo 6» cuestionó en 1963 a la dirección partidaria por ser «centrista» y situarse «a mitad de camino entre la clase media universitaria y el proletariado revolucionario»; exigió una definición claramente obrerista que los diferencie «nítidamente de todas las capas de las clases medias».<sup>26</sup> Otros, sin dejar de reconocer la importancia de ganarse a «los sectores más radicalizados» de la «clase media», se negaban a abandonar el camino obrerista, vanguardista e insurreccional.<sup>27</sup>

No todos optaron por esta línea: tras la debacle de MIR-Praxis algunos de sus herederos profundizaron la línea popular-movimientista. Algunos de ellos, por ejemplo, se propusieron la formación de un «Tercer movimiento histórico» cuyo sujeto definían como «masas populares» compuestas por «las clases media y obrera» (aunque correspondía a ésta ser «vanguardia»), en antagonismo con la oligarquía.<sup>28</sup>

## f) La «izquierda nacional» y otros compañeros de ruta

Como habíamos mencionado en el apartado anterior, a partir de 1943 algunos nucleamientos de trotskistas evolucionaron, siguiendo la preocupación por el imperialismo y la «liberación nacional», hacia posiciones que los apartaban del excluyente obrerismo inicial para conducirlos a replantear la necesidad de alianzas más amplias con otras clases que demostraran vocación «nacional». Algunos de ellos saludaron la irrupción del peronismo como una forma de «nacionalismo de país semicolonial» que prometía la conclusión de las tareas democrático-burguesas (especialmente la emancipación respecto del yugo imperialista). Por ese camino, pronto pasarían del «apoyo crítico» al peronismo desde una posición aún obrerista, a una postura ya claramente nacionalista que cifraba esperanzas en las potencialidades antiimperialistas de la «burguesía nacional» y de Perón. El representante más famoso

<sup>22</sup> Silvio Frondizi, **Bases y puntos de partida para una solución popular**, Buenos Aires, Ciencias Políticas, 1961, pp. 24-26.

<sup>23</sup> Ver: Silvio Frondizi, **Manifiesto de la reconstrucción nacional**, Buenos Aires, s./e., 1964.

<sup>24</sup> **El problema político de la clase media argentina**, Buenos Aires, Ciencias Políticas, s./f. [1964]. Debo este hallazgo a la generosidad de Elsa Pereyra. El folleto no lleva firma, pero su contenido tiene muchas similitudes con los de Frondizi citados en las dos notas anteriores. Según testimonio de Alberto Ferrari Etcheberry, su autor fue un colaborador cercano de Frondizi, Mario Podgaetzky (alias Mario Reles), hoy desaparecido.

<sup>25</sup> Enrique Mora, «Crítica al proyecto de tesis del MIR-Praxis sobre el Frente de Liberación Nacional», **Boletín Interno** n° 4, MIRA (zona Capital), 2° Quincena diciembre 1961, pp. 9-15. Archivo CeDInCI.

<sup>26</sup> **Por la liberación nacional y social: Documento para el Primer Congreso del MIRA**, s./l., mimeo, sept. 1963, pp. 1-2. Archivo CeDInCI.

<sup>27</sup> Jorge Peyro, «Apuntes sobre estrategia revolucionaria en la Argentina», **Marcha hacia la Revolución Socialista Argentina** (órgano oficial del MIRA y Reagrupar), n° 1, dic. 1964, pp. 25-29.

<sup>28</sup> **Del peronismo al Tercer Movimiento Histórico**, Buenos Aires, 3MH, 1964, pp. 27 y 44.

de este tránsito fue Jorge Abelardo Ramos, quien desde fines de la década de 1940 llevó a cabo una intensa labor propagandística de las ideas de la «izquierda nacional».

Ante la realidad de la persistencia del peronismo entre los obreros y de la ya indudable relevancia mundial del «problema nacional» en la época de la descolonización, y bajo el influjo de la Revolución cubana, el conjunto de la izquierda experimentó desde fines de la década de 1950, en palabras de Horacio Tarcus, «una clara inflexión nacional-populista». Cantidad de militantes rompieron con sus partidos de origen y con la tradición liberal-democrática que los animaba, para abrazar alguna concepción de «socialismo nacional». Así, emigrados del PC (como Rodolfo Puiggrós) se acercaron a las posturas del tipo de las que venían postulando Ramos y sus acólitos. Por otra parte, había también importantes sectores del peronismo que se radicalizaban hacia la izquierda por influencia de John William Cooke y como consecuencia de la experiencia de la proscripción. Así se fue articulando un vasto conglomerado de «izquierda nacional» que conectaba a la tradición de izquierda propiamente dicha con el por entonces llamado «nacionalismo popular revolucionario». Este conglomerado desarrolló una intensa labor de difusión de sus ideas y de «revisiónismo» de la historia, que arrancó al PC y al PS el monopolio de la producción cultural de izquierda y logró imprimir en la cultura argentina una profunda huella, que aún perdura.<sup>29</sup>

Cabría imaginar que, por su abandono del obrerismo excluyente y por su confianza en el papel emancipador de la «burguesía nacional», la «izquierda nacional» tendría una visión positiva de la clase media: los motivos «clasistas» para despreciarla, al menos, parecían haberse esfumado. Y sin embargo, es probablemente esta corriente la que más incidió en la formación y difusión de los peores estereotipos acerca de la clase media, que aún hoy circulan en la cultura argentina. Uno de los motivos para esta paradoja reside en la identificación de esta corriente con el peronismo y con «lo nacional/popular». La oposición al peronismo que llevaría a su posterior caída fue leída universalmente como una en la que la «clase media» desempeñó un papel protagónico, de modo que no es extraño que quienes lamentaban el derrocamiento de Perón cargaran tintas contra ella. Por motivos propios de la situación (es decir, sin que obedeciera esto a una caracterización «sociológica» de alcance universal), el tema del abismo entre las clases obrera y media, por otra parte, se superponía con otras dicotomías: nacional/popular vs. foráneo/elitista, o provinciano vs. porteño. Así, la clase media no sólo aparecía como antiperonista (y por ello haciendo el juego al imperialismo y a la oligarquía), sino como la encarnación de la petulancia intelectualista y de la tara cultural de quienes, sin poseer una alta posición social como para justificarlo, no sólo desprecian al pueblo, sino también a todo lo autóctono.

El caso de Ramos es en este sentido emblemático, por ser uno de los primeros y más violentos críticos de la clase media de la corriente que aquí nos ocupa. Ya en sus artículos de 1955 para el diario **Democracia**, en vísperas del golpe de Estado, explicaba que

<sup>29</sup> Horacio Tarcus, *op. cit.*, pp. 104-106 y 122-23.

La «clase media» se oponía a Perón, haciéndose «cómplice de la política antinacional del imperialismo», porque no soportaba al «negro ensoberbecido» por el peronismo, frente al cual se sentía «superior». Además, como el «pequeñoburgués de Buenos Aires» es descendiente de europeos, «sin gota de mestizo ni de criollo aindiado», se combinan en él «todos los factores como para sentirse separado de una política que le parecía 'exótica', 'personal', 'demagógica' y 'chauvinista'». Ramos criticaba por entonces también el «moralismo» del que la clase media pretendía ser guardiana. Para él, el pretendido escándalo ante la corrupción y las supuestas inmoralidades de Perón, la CGT y otras figuras del régimen, no son sino una maniobra del «gran capital imperialista» para bloquear al proceso revolucionario en curso.<sup>30</sup> Poco después, en su exitoso libro **Revolución y contrarrevolución en la Argentina** (1957), que conocería múltiples reediciones, Ramos volvió a la carga contra el «moralismo de la clase media», una mojigatería hábilmente aprovechada por la Iglesia para galvanizar todos los descontentos contra Perón en función de una «estrategia imperialista». Por lo demás, el texto abunda en otros estereotipos ya conocidos: la psicología «vacilante» de la clase media, su inseguridad, su miedo a caer, su individualismo, etc.<sup>31</sup> Tales ataques, sin embargo, no fueron obstáculo para que el Partido Socialista de la Izquierda Nacional, cuyo ideólogo era el propio Ramos, sostuviera en 1964 que «la alianza del proletariado con la pequeña burguesía constituye el fundamento estratégico de la revolución argentina»: los cambios que experimentaron las «clases medias» en los últimos años, con el surgimiento de una pequeña burguesía más ligada al mercado interno y a los intereses industriales, hacen que esta «alianza plebeya» con el proletariado sea viable.<sup>32</sup> Y, a su vez, este reconocimiento no impidió a Ramos criticar por «pequeñoburguesa» a la izquierda tradicional que no comprendía la necesidad de aliarse con el peronismo.<sup>33</sup> Aunque los ataques izquierdistas a la clase media no eran novedosos, la virulencia que alcanzaron en la prosa de Ramos tenía pocos antecedentes. Pero lo más innovador eran algunos de los motivos que su ataque incluyó: la dimensión de prejuicio «moral», racial y antinacional y de identificación «porteña» que Ramos le adjudicaba a la clase media no formaban parte, hasta entonces, del repertorio de imprecaciones conocidas.

Otro representante prominente de la «izquierda nacional», Jorge Enea Spilimbergo, contribuyó a difundir ideas similares. En su también exitoso **Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario** (1958) incluye un artículo inédito, escrito dos años antes, acerca del «moralismo» de la clase media y su utilización para los fines de la «oligarquía». Allí acusa a la «clase media» de haber sido el apoyo social para el golpe que derrocó a Perón (y de paso incluye el de 1930), junto con otra serie de pecados: como es una clase desligada de la producción, que «vivió durante décadas como

<sup>30</sup> Jorge Abelardo Ramos, **De octubre a setiembre**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959, pp. 310 y 327-32.

<sup>31</sup> Jorge Abelardo Ramos, **Revolución y contrarrevolución en la Argentina**, Buenos Aires, Amerindia, 1957, pp. 454-57.

<sup>32</sup> Partido Socialista de la Izquierda Nacional, **Clase obrera y poder: tesis políticas del III Congreso PSIN**, Buenos Aires, PSIN, 1964, pp. 61-62.

<sup>33</sup> Jorge Abelardo Ramos, «Rasputinismo y pequeña burguesía», **Izquierda Nacional**, n° 25, agosto 1973, pp. 7-10.

parásito del sistema oligárquico», carece de comprensión de los determinantes objetivos de la situación política (carencia que reemplaza con criterios éticos y «voluntarismo individual»); celosa de su «categoría», detesta ver a un «cabecita negra» ganando más que ella o vistiendo «dignamente» y se indigna por la «falta de sirvientas». Las debilidades de la clase media son utilizadas por la oligarquía para «dividir el frente del pueblo, aislando a sus sectores más revolucionarios» (el proletariado y «las masas pobres del Interior»), de la «pequeña burguesía urbana y rural». Pero para Spilimbergo no hay nada fatalista en esa división: la «contradicción» entre ambos sectores no es «esencial», sino «resultado de contingencias históricas», por lo que cabe la confianza en que, en el futuro, la clase media sabrá situarse en el lado que le corresponde.<sup>34</sup> Ese mismo año Rodolfo Puiggrós contribuía con otro libro de éxito, en el que la «pequeña burguesía», alejada de Perón por el enfrentamiento con la Iglesia, aparecía como apoyo fundamental del golpe de Estado, de lo que el autor extrae la enseñanza de que «hay que contar con ella para ganarla o neutralizarla: atacarla de frente es una locura y conduce al desastre.» Pequeña burguesía y proletariado deben marchar juntos en el «frente nacional antiimperialista y antioligárquico», aunque siempre bajo la dirección de éste y de su propio partido de clase.<sup>35</sup>

En otro libro fundamental y de amplia circulación de la «izquierda nacional», **La formación de la conciencia nacional** (1960) Juan José Hernández Arregui aporta su cuota de invectivas contra «la clase media de origen inmigrante», un «instrumento» de la oligarquía para difundir su pensamiento: «su visión del mundo es enteramente individualista»; carente de «política propia» e «incapaz de definirse» entre los intereses de la burguesía y el proletariado, rechaza por incompreensión el nacionalismo; aspira al estatus de la clase alta y teme descender al de la clase baja, etc.<sup>36</sup> No obstante estas críticas, puestos a hacer política dentro del grupo CONDOR en 1964, Hernández Arregui y sus compañeros confiaban en que «el creciente proceso de nacionalización de importantes sectores de la clase media» abría por fin la posibilidad de realizar la indispensable alianza con el proletariado peronista (cosa que no les impidió cuestionar, en el mismo párrafo, el «oportunismo pequeñoburgués» de la izquierda tradicional).<sup>37</sup>

Sin ser asimilables a la «izquierda nacional» por su origen directamente peronista o por su particular trayectoria dentro de la izquierda, existieron otras visiones de la clase media que estuvieron determinadas por la problemática de la liberación nacional. Algunas de ellas, como la de Alberto Astudillo —antiguo mili-

tante del grupo Insurrexit, luego devenido simpatizante del justicialismo—, fueron incluso mucho más benévolas con esa clase, a la que asignaban un papel central e indudable en la «revolución nacional».<sup>38</sup> Otras, como la de Hurtado de Mendoza, de extracción reformista, reconocían que las «clases medias» poseían un contenido «nacional y nacionalista» que las hacía aliadas fundamentales de los trabajadores en la lucha contra las «fuerzas oligárquico-imperialistas», aunque reservaban para la clase obrera el papel de dirección política.<sup>39</sup> Pero no podría dejar de mencionarse aquí, por su enorme repercusión, el libro de Arturo Jauretche **El medio pelo en la sociedad argentina**, publicado en 1966 y reeditado decenas de veces desde entonces. Veterano militante del nacionalismo popular desde que fuera animador del grupo Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), luego devenido peronista, Jauretche se transformaría, desde fines de la década de 1950, en una voz fundamental a favor de la «liberación nacional». Sin ser de izquierda *strictu sensu*, conocía y utilizaba algunas de las categorías del marxismo y sus ideas tenían sin duda resonancias con las de la «izquierda nacional». Su origen social —que él mismo definía como «de clase media acomodada, con estrecha vinculación con la oligarquía»—<sup>40</sup> no fue impedimento para que Jauretche lanzara una de las críticas más demoledoras de la clase media. El libro se ocupa de castigar con el ridículo el «medio pelo», una actitud mental definida por un intento de «aparentar un status superior al que en realidad posee». En Argentina esta actitud se manifestaría como un afán de figuración y de identificación con la oligarquía, la imitación servil de las pautas culturales y la adopción de los valores extranjeros (especialmente anglosajones) y el consiguiente desprecio por lo nacional y popular. Jauretche se ocupa largamente de denunciar el racismo que este desprecio produce, y la incompreensión de los problemas nacionales que acarrea, especialmente en lo que tiene que ver con la necesidad de una industrialización orientada al mercado interno y a ayudar en la integración social.

En rigor, Jauretche no lanza sus críticas contra la clase media: por el contrario, se ocupa de aclarar varias veces que el «medio pelo» surgió como actitud en la élite del siglo XIX y que el grupo social actual que lo alimenta es «la burguesía en ascenso y sectores ya desclasados de la alta sociedad» y que esto excluye «al grueso de la clase media». El blanco de sus críticas, más que una categoría social *per se*, es el tipo de cultura y de identidad presentes en la «superestructura cultural» de la nación (especialmente la «intelligentzia» porteña); su preocupación fundamental es la conducta de la nueva «burguesía» industrial, que, confundida por esa cultura, falta a su «función histórica» que es la «modernización» económica y social del país. A las «clases medias», por el contrario, les reconoce el mérito de haber sido «las precursoras del movimiento político-social» que presionó, desde épocas de Yrigoyen, en favor de una industrialización con visión nacional.

<sup>34</sup> Jorge Enea Spilimbergo, **Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario**, Buenos Aires, Amerindia, 1958, pp. 111-26.

<sup>35</sup> Rodolfo Puiggrós, **El proletariado en la revolución nacional**, 2º ed., Buenos Aires, Sudestada, 1968, pp. 159-74. Poco antes, en 1956, Puiggrós había criticado a «la Señora pequeña burguesía» por su papel político en la historia nacional; llamaba entonces, no obstante, a prestar más atención a esa clase y sus necesidades, ya que en ella «está la clave de problemas argentinos fundamentales». Ver: Rodolfo Puiggrós, **Historia crítica de los partidos políticos argentinos**, Buenos Aires, Argumentos, 1956, pp. 195-204.

<sup>36</sup> Juan José Hernández Arregui, **La formación de la conciencia nacional**, 3º ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. 94-98.

<sup>37</sup> C.O.N.D.O.R., **Manifiesto preliminar al país**, Buenos Aires, C.O.N.D.O.R., 1964.

<sup>38</sup> Alberto Astudillo, **La revolución nacional y las clases**, Buenos Aires, Relevo, 1963, pp. 37 y 43-51.

<sup>39</sup> Ángel Hurtado de Mendoza, **Fuerzas populares y oligarquía: la contradicción fundamental**, Buenos Aires, Palestra, 1959, p. 51.

<sup>40</sup> Ver: Federico Neiburg, **Los intelectuales y la invención del peronismo**, Buenos Aires, Alianza, 1988, p. 55.



Con ánimo autocrítico, reconoce que el peronismo «cometió indis- cutibles torpezas» que terminaron alienando el apoyo de la cla- se media y empujándola a la oposición, «una posición accidental más dirigida contra los modos de ejecución de una política que contra la política en sí» («no puede confundirse clase media con 'medio pelo'», insiste). A pesar de estas prevenciones, el libro de Jauretche fue leído como un embate contra la clase media, a quien tendieron a adjudicarse el extranjerismo y racismo de la actitud «medio pelo»: la propia sinapsis que los editores incluyeron en la contratapa, lo anuncia como «el libro desmitificador por exce- lencia de la clase media argentina».<sup>41</sup> Ampliamente leído y discu- tido hasta nuestros días, **El medio pelo** es una de las fuentes fun- damentales que contribuyeron a forjar una imagen denigratoria de la clase media típica en la cultura de izquierda argentina.

### g) Los contornistas y un clima de época

En 1964 Juan José Sebreli publicó **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, libro que, junto con los de Jauretche y la «izquierda nacional», tendría una profunda influencia en las percepciones de la clase media, no sólo entre la izquierda sino a nivel de la cultura general. Con un paso temprano por las filas del trotskismo, Sebreli había participado luego de la revista **Contorno**, publicación seña- ra de la «nueva izquierda» argentina. Su libro a la vez resume y trasciende los temas de la crítica izquierdista a la clase media que hemos seguido a lo largo de este trabajo, en una diatriba que abar- ca no sólo un análisis «sociológico», sino también de su cultura específica y de su papel histórico en Argentina. En su nivel de des- precio y violencia verbal, la de Sebreli supera incluso a la crítica de la «izquierda nacional». Así, en el libro encontramos motivos ya conocidos: la clase media es «individualista», su vida cotidiana es «mezquina», «vive de las apariencias», tiene una «visión idealizada del mundo», «se balancea» entra los intereses de las dos clases principales y no se compromete políticamente, imita a la oligar- quía y desprecia a los trabajadores, es «insegura» y tiene pánico a la «proletarización», rinde culto a las jerarquías y los títulos uni- versitarios, funciona como «freno de la lucha de clases», engrosó las filas del «antiperonismo más resentido» y su «moralismo» fue utilizado por la oligarquía contra todo gobierno popular.

Pero Sebreli agrega también nuevos elementos en este ya amplio repertorio del escarnio. El autor analiza largamente el aspecto sexual de la obsesión por la «honorabilidad» y «el 'qué dirán'» de la clase media, que aparece entonces descrita como la «principal víctima de la represión puritana antisexual» y uno de los princi- pales «pilares» de la «sociedad patriarcal burguesa y cristiana». A diferencia del proletariado (cuya sexualidad supone menos «inhi- bida», «pagana»), la de la clase media está marcada por la «frus- tración», la «frigididad», y un «profundo desajuste» que la lleva a la «hipocresía» de predicar una estricta moral sexual pero entre- garse, como ninguna otra clase, al «onanismo y la homosexualidad» (siempre con culpa). Otro elemento novedoso que aporta

Sebreli es el señalamiento del «mito de la intimidad protegida» de la clase media, manifiesto en el encierro negador e individua- lista en el «hogar feliz». El análisis del antiperonismo de la clase media gana también en profundidad. Así, la irrupción de Perón trastornó la «apacible vida» de la clase media:

Todo ese mundo de mitos domésticos, de pequeñas cosas queridas —el barrio, el hogar, la escuela, el club— fueron ato- mizados por el dinamismo revolucionario, separados en cate- gorías sociales, divididos en factores de producción, disgre- gada para siempre su antigua intimidad, manchado su candor, planificada su espontaneidad, perdida su confianza, politiza- das las ingenuas relaciones de los hombres entre sí. El pero- nismo era un desafío a las tradiciones pequeñoburguesas, a sus costumbres, a sus valores establecidos, a sus clisés mora- les, a sus inhibiciones filisteas, a su hipócrita ideología de la virtud (...). También el peronismo contribuyó a la destrucción de la específica familia pequeñoburguesa. La ilusión de ser una entidad exclusivamente individual y privada ya no podía mantenerse. Toda vida se había hecho pública hasta lo más secreto del corazón. Nadie podía ya escapar al mundo (...). En el país del individualismo (...), el peronismo obligaba a todos a afirmar sus propias vidas en relación con los demás, con sus semejantes, con sus compañeros, aun con sus ene- migos, por medio de la solidaridad, o de la hostilidad, de la complicidad o de la delación, pero nunca de la indiferencia.

Al influjo disolvente del peronismo Sebreli agrega el de la cul- tura juvenil de los años '60, que trastorna en sentido similar el mundo patriarcal de la clase media. (De hecho, podría pensarse que, además del origen político, mucho de la hostilidad de esta época hacia la clase media procede, también, de un proceso de modernización cultural frente al que los valores tradicionales de «respetabilidad» que había cultivado sobre todo esa clase esta- ban cayendo en la obsolescencia).

Otro elemento no estrictamente novedoso (ya lo habíamos vis- to en Ramos), pero muy reforzado por Sebreli, es el tema del racismo de la clase media y su identificación con el mundo por- teño por oposición al interior. Así, la clase media leyó en clave racial y regional la diferencia de clase que la separaba del apoyo principal del peronismo: asimiló todo proletario al «emigrante de las provincias» y colgó a todo obrero «el despectivo mote de 'negro' y 'negrada'» (sin importar que «fuera rubio»): más inclu- so que la oligarquía, «el verdadero anticabecita negra es el peque- ñoburgués». La reacción contra Perón tuvo que ver, precisamen- te, con la irritación por un régimen que «los mezclaba sin discriminación» con esa masa plebea y orgullosa que inundaba la Buenos Aires blanca y de modales refinados de antaño.

La diatriba de Sebreli termina con conclusiones políticas que abren la puerta para una posible redención de la clase media pero tam- bién anuncian un peligro en cierne. Sujeta a una creciente «pro- letarización», la clase media debe reencontrarse y «unir su des- tino al del proletariado». Este camino depende, sin embargo, de que la clase obrera tome conciencia «de su papel conductor» y

<sup>41</sup> Arturo Jauretche, **El medio pelo en la sociedad argentina**, 16<sup>o</sup> ed., Buenos Aires, Peña Lillo, 1984, pp. 18-19, 182, 241-43, 252, 276, 353, 380.

se erija en «clase universal representante de la sociedad íntegra». Si eso no ocurriera, teme Sebrelí, el «fascismo» será «inevitablemente el destino de la clase media» (como parecía demostrar por entonces el creciente predicamento de grupos de derecha, como Tacuara, entre los estudiantes).<sup>42</sup>

Años más tarde Sebrelí se identificaría él mismo como integrante de la clase a la que fustigaba y señalaría que las patologías de la vida íntima de la clase media que describía estaban tomadas de su propia experiencia familiar y de la de sus conocidos. Su implícita «autocrítica de clase» formaba parte de un clima de época de profundo autoexamen de la cultura de izquierda, luego de la evidencia innegable del abismo que la había separado (y aún las divorciaba) de las masas peronistas. Ya hemos encontrado este señalamiento claramente expresado en la «izquierda nacional». Parte de la «nueva izquierda» produciría, sin embargo, un desplazamiento interesante respecto de las críticas habituales. Porque, si hemos comprobado la paradoja de que son generalmente izquierdistas de clase media (y no obreros) quienes más insistentemente critican a la clase media, este escarnio siempre se hacía *en tercera persona*. Quienes manifestaban los vicios «pequeño-burgueses» eran siempre los otros (la clase media que no comprendía, los otros partidos de izquierda, o adversarios dentro del propio). En el mismo movimiento de la crítica, el que la ejercía ocultaba así su propio origen tan poco obrero como el del blanco de ataque. Implícitamente se había reconocido la cuestión, por ejemplo, cuando los diferentes grupos izquierdistas mandaban a sus cuadros a «proletarizarse». El sutil pero importante cambio que producirán los contornistas será el de asumir las limitaciones de clase explícitamente y en primera persona.

Carlos Altamirano ha analizado los determinantes de este momento crucial en la tradición de izquierda que llevara a Ismael Viñas a expresar en 1959, en las páginas de **Contorno**, que

solamente cuando seamos capaces de reconocer (no sólo racionalmente sino también vívida, vitalmente) el hecho de que pertenecemos a la clase media, y que eso nos separa del proletariado, estaremos en condiciones de superar esa separación... No basta militar en determinado partido, no basta leer a Marx —ni, por supuesto, citarlo—, es imprescindible darnos vuelta como un guante, y esa es una operación profunda y penosa.

Altamirano vincula tanto la explosión de juicios condenatorios de la clase media en los diez años posteriores a la Revolución Libertadora, como el formato de culposa «automortificación» de algunos de ellos, como un fenómeno determinado por la patetización del divorcio entre el pueblo (peronista) y el resto de la sociedad que siguió a la caída de Perón. Si las movilizaciones contra Perón y el apoyo social a la Libertadora y luego al gobierno de Arturo Frondizi se habían leído como un distanciamiento de clase (y no meramente «político») entre la clase media y los tra-

bajadores, no quedaba por ello menos claro que la intelectualidad de izquierda, con toda su idealización retórica de una clase obrera abstracta, había quedado igualmente alienada respecto del proletariado real. Por ello, la literatura denigratoria de la clase media de estos años, con toda su violencia verbal, era un ejercicio de «mortificación» que no conducía a una «condena definitiva», sino que abría una vía de «expiación» que le permitiera «purgar» sus faltas y encontrar así el camino a la «reconciliación» con las masas. El hecho de que estos ejercicios de automortificación encontrarán acogida tan favorable en un amplio público lector (que no puede dejar de suponerse también él de «clase media»), es interpretado por Altamirano como prueba de una conciencia de culpa y deuda respecto del pueblo por el abismo social abierto tras 1945, que resultaba ya «éticamente intolerable». Así, paradójicamente, quienes atacaban el «moralismo» de la clase media estaban apelando, a conciencia o no, a una reacción *moral* por parte de su propia clase. En este contexto, la perspectiva de una revolución podía asumir el papel de un «mito redentor» por el que la ansiada reconciliación entre el pueblo y los intelectuales de izquierda quedaría sellada.<sup>43</sup>

La coyuntura del peronismo y su caída sin duda explican que haya sido el período 1955-1965 el de mayor despliegue de la literatura que analiza Altamirano. Sin embargo, los determinantes de la incómoda relación entre los izquierdistas y su propia procedencia de clase no pueden agotarse en aquel contexto. Porque, como hemos visto, los síntomas de esa incomodidad pueden rastrearse mucho antes de la irrupción del peronismo. Por otro lado, el tipo de autoexamen mortificado que vimos en Viñas puede encontrarse también en tradiciones de otros países, por ejemplo, en la «nueva izquierda» norteamericana.<sup>44</sup>

---

### **Excursus: Sobre las derivas y persistencia de una problemática, y un interrogante sobre el presente**

Pasado el contexto de la década de 1960, las ambivalencias sobre la clase media seguirán asaltando las certezas de las izquierdas, incluso a los grupos más claramente radicalizados u obreristas. El ejemplo insoslayable es el del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y su famoso folleto de 1972 **Sobre moral y proletarización, Pequeña burguesía y revolución**, en el que se hace un reconocimiento explícito del «doble papel» del grupo que nos ocupa. Si por un lado la pequeña burguesía desempeña un papel positivo en el movimiento, ya que es el grupo que introduce «desde fuera» una conciencia revolucionaria en el proletariado, al mismo tiempo lo contagian de todas sus «características de clase» negativas: «el individualismo, la pedantería, la vacilación», y también el «sectarismo», el «esquematismo» y la disputa por cuestiones personales. La solución que propone el PRT es

<sup>43</sup> Carlos Altamirano, «La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio», **Prismas**, n° 1, 1997, pp. 105-123.

<sup>44</sup> Ver, por ejemplo, el debate desatado por Barbara y John Ehrenreich, compilado en Pat Walker (ed.), **Between Labor and Capital: The Professional-Managerial Class**, Boston, South End Press, 1979.

<sup>42</sup> Juan José Sebrelí, **Buenos Aires: vida cotidiana y alienación**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1964, pp. 65-108.

«exigir a los camaradas intelectuales la proletarización de su modo de ser y de vivir, obligándoles a romper con su clase» y a «trabajar, convivir y luchar con las masas adoptando sus puntos de vista y sus características de clase».<sup>45</sup> Luis Ortolani, el autor de los textos que componen el folleto, parece no advertir la inconsistencia entre una exigencia de fundirse completamente con el proletariado, y seguir reconociendo, sin embargo, la dependencia respecto de un «afuera» que aporte la conciencia política necesaria (él mismo, naturalmente, no era de origen obrero). La inconsistencia se reproducirá en las prácticas partidarias: mientras muchos militantes eran de este modo forzados a abandonar sus vidas habituales, mudarse a un barrio pobre y tomar un empleo en una fábrica para habituarse a la vida y la superior «moral» de la clase obrera, los dirigentes (que por supuesto, como Mario Santucho, no eran ellos mismos obreros) parecían cómodos en su tarea de ser los introductores de la conciencia revolucionaria.<sup>46</sup> Por otra parte, un testimonio recogido por Pablo Pozzi permite dudar que los obreros del PRT pudieran sentir como propios los mandatos de esta «moral proletaria» supuesta por Ortolani. Así, uno de sus entrevistados recuerda que al «Negrito» Fernández, militante de origen proletario que integraba el Comité Central del PRT,

un día lo acusaron de que era un pequeñoburgués. Me acuerdo que me dijo: «¡Qué más quiero que ser pequeñoburgués yo! [se ríe] Te imaginás, para mí sería más importante. De ser un rasposo a ser un pequeñoburgués, la verdad que me vendría bien». Él estaba contento porque le habían dicho pequeñoburgués ¿Me entendés?<sup>47</sup>

Notemos, antes de terminar, la conjunción de algunos de los temas que veníamos viendo: la opción por la proletarización no se plantea sólo como una de intención meramente «pragmática» —tener más cercanía con los trabajadores para lograr mayor predicamento—, sino que aparece combinada con la temática «moral» de la necesidad de la «expiación» y reconciliación con las masas, estudiada por Altamirano. (Digamos, al pasar, que las ideas de Mao en este mismo sentido ya hacían notar su influencia).

El fin del sentido de la inminencia de la revolución luego de 1976, el posterior declive general de la tradición de izquierda y de las visiones nacional-populares y el breve entusiasmo del primer alfonsinismo, redujeron la urgencia por discutir sobre la clase media. Por supuesto, la incongruencia entre la doctrina y la realidad de las agrupaciones de izquierda que siguieron funcionando en los años ochenta y noventa siguió produciendo ambivalencias. Pero fueron de menor intensidad y perdieron la penetración en la cultura general que tenían en décadas previas. Con el empobrecimiento masivo de los sectores medios por obra de las políticas neoliberales, probablemente no resultaba de buen

tono lanzarles diatribas furibundas. La conspicua falta de interés del bajo pueblo por la política izquierdista en estos años tampoco autorizaba a levantar el dedo acusador. Entre el público de izquierda progresista, lector de diarios como **Página 12**, se hizo lugar a una mirada más benevolente que en los años sesenta que se apiadaba por la situación de los «nuevos pobres» y lamentaba nostálgicamente lo que se percibía como una veloz desaparición de la clase media.

En este escenario, la realidad inesperada que asomó con la rebelión de 2001 suscitaba interesantes desplazamientos. El innegable protagonismo de parte de los sectores medios y la radicalidad de algunas de sus acciones dejó perplejos a muchos analistas. Entre los intelectuales de izquierda que habían tenido una militancia intensa en los años setenta se generó entonces un interesante contrapunto. En el propio **Página 12** y en revistas como **Confines** se hicieron sentir voces como las de Nicolás Casullo o Alejandro Kaufman que, en la tradición del ensayismo de los '50 y '60, continuaron afirmando una mirada escéptica sobre ese grupo social y su papel político. Resulta sugestivo, sin embargo, que otros intelectuales plenamente identificados con esa tradición, como Horacio González, defendieran entonces a la clase media del escarnio de sus colegas.<sup>48</sup> Otros imaginaron incluso que las jornadas de diciembre de 2001 anunciaban la reconciliación política de las clases media y baja, tras décadas de desencuentros. Resulta interesante destacar que, como parte de esta esperanza, se hizo presente por entonces, entre intelectuales y periodistas de izquierda, una imagen altamente significativa: la del 19 y 20 de diciembre como un «17 de octubre de la clase media».<sup>49</sup> Como he analizado en otro trabajo, la curiosa imagen traía la promesa de restaurar la unidad de la nación que aquél otro 17 de octubre (el del '45) había mostrado fracturada. Sólo un nuevo 17 de octubre podía deshacer el hechizo plebeyo que había surgido en 1945. El reencuentro de la clase media con la acción reivindicativa colectiva y con los justos reclamos de la clase baja parecía anunciar la reconciliación de dos porciones de la nación que habían permanecido enfrentadas hasta entonces. Sin dudas, la fantasía de este reencuentro se sostenía no sólo en el hecho concreto y empírico de las luchas en común que ambos sectores habían librado en los tiempos previos a la rebelión (y que seguirían librando todavía durante un tiempo), sino también en la base subjetiva de la nueva autopercepción de vastos sectores medios, que se veían como una clase media *pero* empobrecida (es decir, simbólicamente más cerca de los pobres). Debe notarse, sin embargo, que

<sup>45</sup> Partido Revolucionario de los Trabajadores, **Sobre moral y proletarización, Pequeña burguesía y revolución**, s./l., PRT, s./f., pp. 3-4.

<sup>46</sup> Ver el trabajo de Vera Carnovale, «Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP», **Lucha Armada en la Argentina**, n° 5, febrero 2006, pp. 30-43.

<sup>47</sup> En Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, **Los setentistas: Izquierda y clase obrera: 1969-1976**, Buenos Aires, EUDEBA, 2000, p. 341.

<sup>48</sup> El debate está analizado en Ricardo Fava y Diego Zenobi, «Moral, política y clase media: intelectuales y saberes en tiempos de crisis», **Moralidades, economías e identidades de clase media: Estudios históricos y etnográficos**, ed. por Sergio Visacovsky y Enrique Garguín, Buenos Aires, Antropofagia, 2009, pp. 217-45.

<sup>49</sup> Por ejemplo en Rep: «La rebelión de la clase media», serie de la historia Gaspar el Revólú, **Página 12**, 5 al 27/12/2001; Mario Wainfeld, «La peor de las herencias», **Página 12**, 23/12/2001. Otro ejemplo similar en LG, «El 17 de octubre de la clase media» (febrero 2002), [http://elpanqueque.freeservers.com/politica\\_abril02.htm](http://elpanqueque.freeservers.com/politica_abril02.htm) [acceso 29/8/2009]; José Pablo Feinmann, «Cambió mucho/poco/nada», **Página 12**, 20/12/2002. La imagen apareció con posterioridad en otros sitios, por ej.: Hugo Presman, «Los días en que la Historia ocupó la calle» (dic. 2006), <http://www.rodolfowalsh.org/spip.php?article2408> [acc. 29/8/2009]

esta restauración de la unidad nacional se daba bajo la égida de la clase media y no en plano de igualdad. En la rebelión imaginada como un «17 de octubre de la clase media», el legado del peronismo (y la presencia plebeya que él expresó) quedaba reconocido y aceptado. Pero no por ello dejaba de tratarse de una rebelión de la clase media.<sup>50</sup> Por entonces, esperanzas similares en un posible cambio del papel histórico de la clase media se hicieron notar incluso entre la izquierda más duramente obrerista. Baste ver las intervenciones del líder máximo del Partido Obrero, Jorge Altamira, poco después de la rebelión de 2001, cuando —de un modo que recuerda las argumentaciones del PS de mediados de 1930— anunciaba que la «pauperización» de la «clase media» la lleva «a una posición objetivamente anti-capitalista» y que es el propio proceso capitalista el que la conduce «al campo revolucionario».<sup>51</sup> La mayor predisposición a imaginar para la clase media un papel político positivo se dejó ver en el movimiento de «asambleas populares» surgido tras la rebelión de 2001, en cuya imaginación política la izquierda tuvo una importante gravitación. Aquí y allá encontramos, entre integrantes de asambleas, los típicos ejercicios de escarnio dirigido contra un grupo social que, sin embargo, según todas las evidencias, componía gran parte de la base social del movimiento.<sup>52</sup> Sin embargo, resulta sintomático que se hallen otras evidencias en sentido contrario, que apuntan a identificarse como «clase media» sin por ello pedir disculpas, autodenigrarse o distinguirse de los trabajadores. De hecho, se perciben en el movimiento asambleario numerosos signos de una vocación de, sin ocultar la procedencia de «clase media», concebirse como parte de un mismo grupo social (o al menos una sólida alianza entre iguales) junto a trabajadores o desocupados.<sup>53</sup> Un interesante diálogo registrado en la Asamblea Popular Ciudad Campeador (APCC) en su reunión del 31 de octubre de 2002 permite visualizar un proceso de negociación de identidades que quizás ayude a iluminar algunos de los aspectos discutidos en este artículo. El contexto era el de una discusión algo tensa de «jurisdicción» por algunas decisiones a tomar, entre los integrantes de la Comisión de Desocupados y el resto de la asamblea. La APCC se distinguía en esa época por tener una notable pluralidad de grupos sociales, etarios, de filiaciones ideológicas y de niveles de formación política previa. La Comisión estaba compuesta por algunos activistas con experiencia política o sindical anterior, e integrantes más nuevos y de origen social marcadamente más bajo que el del promedio de la asamblea.

<sup>50</sup> Ezequiel Adamovsky, «Esperando otro 17 de Octubre: La identidad de clase media y la experiencia de la crisis de 2001 en Argentina», de próxima aparición.

<sup>51</sup> Jorge Altamira, «Disparan contra la clase media», *Prensa Obrera*, n° 737, 11/1/2002. Resulta también interesante una apelación anterior: «Por que la clase media debe apoyar la campaña financiera del Partido Obrero», *Prensa Obrera*, n° 677, 17/8/2000.

<sup>52</sup> Ver, por ejemplo, Líber, «Clase media» [poema], *La Cacerola de Zapiola (Boletín de la Asamblea de Colegiales)*, año 2, n° 29, 21/5/2003; Blas De Santos, «El altruismo, o la penúltima tentación de la clase media argentina», *El Rodaballo*, n° 15, invierno 2004, pp. 21-27.

<sup>53</sup> Ver, por ejemplo, «Tomamos lo nuestro», *Boletín de la Asamblea Popular de Floresta*, n° 3, dic. 2002, pp. 4-5; [Ilustración de tapa], *Vecinos de Villa del Parque Autoconvocados (Boletín de la Asamblea)*, 10/8/2002, p. 1. Naturalmente, pueden hallarse también evidencias de una imagen de sí como movimiento únicamente de clase media; ver: Oscar, «Asambleas: aportes para la jornada de reflexión», *Boletín de la Asamblea Popular Ciudad Campeador*, n° 6, julio 2002, p. 4.

Oscar, militante trotskista sin ocupación conocida, acusa a la asamblea de ser «pequeñoburguesa» por no comprender las necesidades de la Comisión. Octavio se identifica como parte de la «clase media» (trabaja asalariado como programador de computación) y responde que, sin embargo, no cree merecer ese desprecio. Alejandra (empleada estatal no jerárquica, con años de militancia con desocupados en La Matanza y miembro de la Comisión en cuestión), interviene para decir que dividirnos por clase «es cosa del sistema» y que en la Asamblea «somos todos trabajadores», aunque unos tengan más dinero que otros. Walter, trabajador manual (pintor) y simpatizante del PC, agrega que «la clase media se murió: ya no hay más clase media», por lo cual carece de sentido hacer distinciones de clase entre los asambleístas. Jorge, viejo militante del peronismo revolucionario, cierra la discusión afirmando que las asambleas ofrecen la posibilidad «inédita» de que la «clase media más esclarecida» se una con los trabajadores y desocupados, que precisamente esa es su misión, y lo que más teme el sistema.<sup>54</sup>

El registro es interesante por cuanto el típico escarnio izquierdista de la clase media aparece pero es contestado y rechazado por gente de izquierda y de condición social variada (incluyendo obreros).

¿Anuncian estos indicios un cambio en la manera en que la izquierda percibe a los sectores medios? ¿O es sólo que el espacio plural y «horizontal» de una asamblea, sin doctrinas ni jerarquías que defender, hace audibles opiniones que siempre estuvieron allí pero que no encontraron la manera de dejar huellas en la literatura partidaria que hemos utilizado en este trabajo? Aunque hay algunos signos que apuntan a lo primero, los desarrollos de años posteriores parecieran desmentir esa posibilidad. Poco después, la «normalización» del país y el fin de las ilusiones de 2001 y 2002 dieron lugar a la reaparición de las tradicionales diatribas contra la clase media dentro de la izquierda. A medida que el humor social se fue volviendo cada vez más en contra de los movimientos piqueteros y avanzaron las demandas de represión, los reproches habituales volvieron a hacerse sentir, incluso en las agrupaciones menos relacionadas con la izquierda tradicional.<sup>55</sup> Desde las elecciones de 2007 y más visiblemente a partir del conflicto con las entidades patronales del campo en 2008, el gobierno kirchnerista —que hasta entonces no había hecho otra cosa que halagar a la clase media— agregó su voz. Se produjo desde entonces un verdadero *revival* de los argumentos e incluso del vocabulario del ensayismo de la izquierda nacional de tiempos de Jauretche.<sup>56</sup> El escarnio kirchnerista y de la izquierda contra la clase media incluso aumentó en los años siguientes.<sup>57</sup>

<sup>54</sup> El registro proviene de mis propias notas tomadas durante la reunión, E.A.

<sup>55</sup> Véase, por ejemplo, Jorge Falcone, «Una mirada militante sobre la incidencia de la clase media en el imaginario de los argentinos», *Diario Vive: portal latinoamericano de crítica social y pensamiento plebeyo*, 2008, disp. en <http://www.dariovive.org/notas/falcone2.html>; «La clase media recuperó sus niveles históricos de fascismo (2001-2008)», *Prensa de Frente*, 2008, disp. en <http://www.prensadefrente.org/pdfb2/index.php/a/2008/07/30/p3854>.

<sup>56</sup> Luis D'Elia, «¿Progresismo blanco o nacionalismo popular?», *Perfil.com*, 21/8/2008; Discurso de la presidenta de la Nación, 18 de junio en Plaza de Mayo y de Néstor Kirchner el 15 de julio en Plaza Congreso; *Clarín*, 26/7/2008. Llamativo en este sentido el «Poema a la clase media» de Daniel Cézare que circuló en 2008 profusamente por internet, falsamente atribuido a Mario Benedetti (disp. en <http://www.elforjista.unlugar.com/clasemediam.htm>).

<sup>57</sup> «Reapareció Kirchner y Cristina dijo que la clase media no entiende su polí-



## Conclusiones (y una hipótesis política)

Recapitemos nuestros hallazgos. En primer lugar, es necesario destacar la continuidad de una problemática: hemos encontrado en la izquierda argentina signos de ambivalencia y de dificultad para «situar» políticamente a la clase media ya en 1891 y durante todo el período de nuestro estudio. Esos signos tienen muchos puntos de comparación con los que exhibía la tradición socialista internacional más o menos en los mismos períodos. Es preciso decir, sin embargo, que la presencia de tal problemática sólo se vuelve importante en la década de 1930, en la que se verifica un pico de interés por la clase media que sólo será repetido y superado en el contexto postperonista. Si en la explicación las causas del primer pico los motivos internacionales oportunamente reseñados tienen mayor peso, son los problemas nacionales los que predominan a la hora de dar cuenta del segundo. De ello se deriva una diferencia notable entre ambos picos: en el de los años treinta las referencias son a una clase media «abstracta» propia de los esquemas sociológicos generales, mientras que en la de los años sesenta se recortan contornos mucho más precisos, con color local y mucha más carnadura histórica. El impacto del fenómeno peronista es crucial para la aparición de elementos nuevos en el repertorio de críticas a la clase media, como lo son las acusaciones de racismo, «porteñocentrismo» o «moralismo». Comparativamente, resulta claro que el segundo pico desplegó un nivel de hostilidad hacia la clase media notablemente mayor que nada visto anteriormente (de hecho, en los años treinta la percepción tendió a ser más bien benevolente). Por otra parte, el impacto de las imágenes de la clase media generadas dentro de la izquierda fue mucho mayor en el momento postperonista, en el que traspasaron la barrera de una subcultura específica para contaminar el campo general de la cultura y de las representaciones sociales. En segundo lugar, hemos notado que las ambivalencias y la mayoría de los usos políticos de las referencias a la «clase media» recorren a la totalidad de las tradiciones estudiadas. Por otra parte, todas las corrientes utilizaron el mote de «pequeñoburgués» para atacar a sus adversarios internos o externos, y todas fueron objeto de ese tipo de anatemas. Contra lo que pudiera pensarse, no se verifican clivajes de clase en este punto: tanto los que criticaban a los demás por «pequeñoburgueses» como los que recibían el mote eran, desde el punto de vista de su origen social, de clase media o incluso alta. Sólo los contornistas, hacia el final de nuestro período de estudio, fueron capaces de visualizar y exponer a debate público, de modo auto-crítico, su propia extracción no obrera.

¿Cómo interpretar la presencia tan constante de ambivalencias que proyectaban interferencias tan intensas en la identidad y en la estrategia de las izquierdas? Los hallazgos aquí presentados refuerzan la hipótesis adelantada en la primera entrega de esta investigación. Las dificultades de lidiar con la presencia incómoda de los sectores medios provienen de la reducción que realizó el

marxismo clásico del momento político al momento social. Como hemos señalado, ya los pensadores clásicos derivaron, del carácter *inevitablemente binario* del enfrentamiento *político* entre partidarios y enemigos del proyecto socialista, una lectura *sociológica* que suponía que esa oposición binaria ya estaba configurada y «lista» en la división de clases. Así, en este automatismo de lo social, el momento propiamente político quedaba oscurecido: en el marxismo clásico, más que *conceptos* para comprender las determinaciones estructurales de lo político, las clases sociales se convertían ellas mismas en *actores*. Es por ello que la rigidez binaria de los esquemas sociológicos del marxismo hacía de los sectores medios una presencia escurridiza y difícil de clasificar. La teoría, que indicaba una oposición excluyente de burguesía vs. proletariado, no se acomodaba bien a la necesidad, demostrada por la práctica, de contar a los sectores medios como aliados políticos —permanentes o tácticos— contra la burguesía. Los efectos de esta constatación no hicieron más que reforzarse tras la inflexión nacional-populista que experimentó la izquierda desde la caída del peronismo y particularmente tras la Revolución cubana.

Esta brecha entre teoría y práctica en el plano estratégico se superponía con otra, en el plano organizacional, que dificultaba el reajuste doctrinario. Todos los grupos de la izquierda argentina analizados en este trabajo han estado (y siguen estando) permanente y abrumadoramente dirigidos por personas de origen «pequeñoburgués» (o incluso de clase alta) que, sin embargo, no se cansaban de insistir en que era la clase obrera la única destinada a conducir un proceso revolucionario o de cambio radical. Ya que la teoría establecía que sólo de la clase obrera o del bajo pueblo emanaba la línea política correcta, podía siempre asumirse que cualquier línea incorrecta, inevitablemente, *debía* corresponderse con la extracción no-trabajadora de quien la sostuviera. Nuevamente aquí la evidencia de la reducción de lo político a lo social. Indudablemente, mucho del escarnio contra otros «pequeñoburgueses» funciona como proyección sobre los demás del propio estigma de no ser de la clase «elegida» (esta forma de canalizar «hacia abajo» el estigma es un mecanismo de defensa típico, ampliamente documentado por psicólogos y sociólogos). Pero es probable que esté también en juego un elemento «ideológico», en el sentido marxista (clásico) del término, es decir, un enmascaramiento de una situación o pretensión de poder. En efecto, el «ataque al pequeñoburgués» funcionó como un formidable dispositivo de disciplinamiento interno en las agrupaciones izquierdistas, toda vez que apelaba a un sentimiento de culpabilidad implícita del que a los militantes les costaba desembarazarse. Asumiendo la autoridad que les otorgaba ser supuestos voceros de la clase elegida, los dirigentes manejaban una base militante cuya propia autoridad estaba herida o disminuida por el estigma de no ser obreros. Naturalmente, es probable que esta «falsa conciencia» obrerista de los dirigentes, tan útil a la hora de sostener una situación jerárquica, haya funcionado como un desincentivo para cualquier revisión de la inconsistencia doctrinaria que venimos analizando.

El *impasse* en el que se halla la política emancipatoria se explica por diversas razones, pero una no menor está relacionada con la dificultad que ha tenido la tradición de izquierda para tematizar

tica», *Clarín.com*, 14/9/2010; José Pablo Feinmann, «El argentimedio y su odio al otro», *Página 12*, 26/12/2010; Alicia Dujovne Ortiz, «Pogrom», *Página 12*, 15/12 2010.

las relaciones entre la clase trabajadora y los sectores medios. Esta dificultad es doble; refiere tanto a las limitaciones doctrinarias a la hora de pensar un papel político por derecho propio para los sectores medios, como al tabú del origen no-obrero de las dirigencias y la militancia de izquierda y los problemas de comunicación con la clase trabajadora realmente existente que ello produce. Ambas dificultades, como intenté mostrar en este trabajo, están interrelacionadas: para desatar un nudo es preciso desatar el otro. En los debates de la izquierda internacional la primera cuestión ha recibido alguna atención, mientras que la segunda se ha beneficiado de la reflexión en medida mucho menor.<sup>58</sup> Las tesis del marxismo crítico acerca de la primacía del trabajo inmaterial, el toyotismo y el trabajo autónomo «de segunda generación» en el período postfordista, por ejemplo, han habilitado un interesante debate sobre el acercamiento objetivo en las condiciones sociales de los trabajadores y de secciones de lo que solía considerarse los sectores medios. Algunos afirman incluso que esas transformaciones vienen configurando un nuevo sujeto social cuyos contornos desafían la frontera que la izquierda tradicionalmente trazó entre clase obrera y sectores medios.<sup>59</sup> Por otra parte y de manera complementaria, la insistencia (de inspiración thompsoniana) de los teóricos del llamado «marxismo abierto» sobre la necesidad de repensar las clases sociales como procesos históricos de clasificación cuya resultante no puede conocerse *a priori*, también viene habilitando un replanteo de la cuestión de las relaciones entre clase baja y sectores medios.

En Argentina, las reflexiones en este sentido son todavía incipientes.<sup>60</sup> El peso de la tradición de los clásicos se suma a la intrincada trama ideológica e identitaria descrita en este trabajo, para dificultar cualquier «normalización» de las interferencias que causa la incómoda presencia de las clases medias en la teoría socialista. De la posibilidad de repensar esta cuestión quizás dependa, en parte, la capacidad de la izquierda anticapitalista de volver a ser una alternativa de cambio real para alguna porción relevante de la población.

#### Resumen:

Este trabajo analiza las imágenes y representaciones sobre la clase media dentro de la tradición de la cultura de izquierda en Argentina, desde la irrupción del peronismo hasta fines de la década de 1960, trazando luego una línea de comparación con la situación actual. Se estudian textos, declaraciones y discursos del Partido Socialista, del Partido Comunista y de los grupos trotskistas, de la «nueva izquierda» y de la izquierda nacional para indagar quiénes y con qué sentidos se refirieron a la «clase media». El recorrido ofrece un repertorio de usos de la «clase media» que va desde intentos de actualización doctrinaria para hacerle un lugar junto a la clase obrera como sujeto del cambio social, hasta la utilización del origen social «pequeño burgués» como modo de desacreditar a adversarios en disputas políticas o de disciplinar a la propia tropa mediante la culpabilización por no ser suficientemente «proletarios».

**Palabras clave:** clase media; izquierda; Argentina

#### Abstract:

This article analyses images and representations of the «middle class» in the Left cultural tradition, from the rise of Peronism to the late nineteen-sixties, and then comparing them to the current situation. In texts, speeches and statements of the Socialist Party, the Communist Party, the trotskist groups, the «new Left» and the «national Left», this text studies who referred to the «middle class» and the reasons to do so. In the end, a repertoire of Left uses of the «middle class» becomes visible, from attempts to include this class alongside the working class as agent of social change, to the «critique of the petty bourgeois» as a way to discredit political enemies or to discipline the rank-and-file by blaming those whose social background was not «proletarian» enough.

**Keywords:** Middle Class; Leftwing; Argentina

<sup>58</sup> Un avance interesante en este sentido en: David Croteau, **Politics and the Class Divide: Working People and the Middle Class Left**, Philadelphia, Temple University Press, 1995.

<sup>59</sup> Ver: Sergio Bologna, **Crisis de la clase media y posfordismo**, Madrid, Akal, 2006; Boris Kagarlitsky, **The Revolt of the Middle Class**, Moscú, Cultural Revolution, 2006.

<sup>60</sup> Aparecieron, por ejemplo, en Nuevo Proyecto Histórico: «La autonomía como red cooperante», **Indymedia** ([www.argentina.indymedia.org](http://www.argentina.indymedia.org)), julio 2003. Si el lector me permite la inmodestia de referir a mi propio trabajo, apunto que mis investigaciones recientes parten de este mismo interés teórico-político, al mostrar lo contingente e inestable de la separación entre el bajo pueblo y una «clase media» en nuestro país. Ver: Ezequiel Adamovsky, **Historia de la clase media argentina**, Buenos Aires, Planeta, 2009.